

EN ESTE NUMERO:

- EL SACERDOTE, INTEGRADOR DE LA COMUNIDAD, por Miguel Santiago (pp. 10-13).
- ENSAYO DE DIAGNOSTICO SACERDOTAL, por F. Guillén Preckler (p. 17).
- LA SANTA SEDE ESTABLECE LAS LINEAS FUNDAMENTALES PARA LOS SEMINARIOS, por Rafael Garde (pp. 32-30).

editorial

18 ABR. 1970

LA ENCUESTA DEL CLERO

EL avance informativo sobre la encuesta a los sacerdotes seculares de España, que acaba de hacer público la Comisión Episcopal del Clero, se impone en este mes de abril sobre cualquier otro tema editorial. La palabra de casi ocho mil sacerdotes, pertenecientes a veintidós diócesis, que se expresan sobre temas tan cardinales como el Concilio, la formación del Seminario, la actitud sociopolítica de la Iglesia en España, el nivel de entusiasmo del propio clero, sus posiciones hacia la jerarquía, la evolución de su espiritualidad, su parecer en la controversia celibataria, su situación económica..., todo esto presenta evidentemente un interés nada común.

Al adentrarnos en ese arsenal de datos, rigurosamente clasificados y fácilmente asimilables, además de satisfacer una sana curiosidad, nos ponemos en condiciones de entender nuestra situación sacerdotal, lo cual ya es un paso notable para hacer frente a los problemas que suscita. Después de esta encuesta nacional, difícilmente podrá aplicarse a los sacerdotes españoles aquel diagnóstico: «No sabemos lo que nos pasa, y eso es precisamente lo que nos pasa». Aquí lo vamos sabiendo y completaremos nuestra imagen con las 17.000 respuestas de otros tantos sacerdotes de las 43 diócesis en las que se ha realizado la encuesta. Si bien, a través de los resultados ya obtenidos y hechos públicos, puede ya entreverse una fisonomía global de nuestro clero diocesano al cerrarse la década del 60. Aseguran los responsables de este trabajo—sociólogos y estadísticos—que los escrutinios aún pendientes podrán enriquecer, pero no modificar sustancialmente el panorama.

El primer factor positivo de la encuesta nacional es que se haya realizado. Como toda empresa de grandes alientos, tropieza con obstáculos mentales y psicológicos, al par que con discrepancias legítimas. El buen pulso y la prudente audacia de la Comisión Episcopal del Clero, junto con la respuesta afirmativa de cuarenta y tres obispos, se han sobrepuesto a reservas y a titubeos. Hay que añadir que contaban con medios. En este caso han funcionado con excelente conjunción el cuadro jerárquico responsable, los sacerdotes colaboradores del Secretariado Nacional del Clero y el equipo técnico de jesuitas del DIS (Departamento de Investigaciones Sociológicas). Nada hay, pues, gratuito, que haya brotado por generación espontánea o por improvisación celtibérica. No en vano los datos informativos sobre la situación del clero español, presentados en Coire por monseñor Echarren, llamaron la atención de los obispos europeos.

Al empeño por estudiar la realidad, se ha sumado la intrepidez para informar de los resultados. También aquí suenan voces en contra con argumentos no desdeñables: ¿Desprestigio del clero? ¿Desorientación de los fieles? ¿Aumento del malestar por el hecho de explicitarlo? La Comisión Episcopal y su Secretariado, sin ignorar esos riesgos, han considerado más grave el silencio sospechoso, que diera pie a filtraciones parciales, a averiguaciones morbosas, a cálculos imaginarios, mucho más sombríos que la realidad en sí. Yendo con la verdad por delante se logrará además la incalculable ventaja de que todos los sacerdotes informados contribuyan a enjuiciar la situación y a buscar respuesta a sus puntos problemáticos.

Bien; ¿y qué decir de la imagen del clero español que nos descubre la encuesta? De problemática, pero no alarmante, la califica el cardenal primado. Evidentemente, se ha comprobado con cifras y coeficientes la crisis que salta a simple vista. Pero se nos aclara que no es de fe, sino de teología; no es de celo apostólico, sino de metodología pastoral; no es de comunión entre sacerdotes, sino de pluralismo ideológico; no es de politización del clero, sino de reservas concretas hacia una situación; no es de rebeldía antijerárquica, sino de crítica y malestar ante estructuras modificables o modos de ejercer la autoridad; no es, en general, de espíritu, sino de espiritualidad. Imaginemos que la encuesta hubiera descubierto a un clero pesetero, desinteresado de la Iglesia, ausente de los problemas del mundo. Entonces sí que sería alarmante el panorama.

Pero el cardenal Tarancón, y nosotros con él, asegura que la situación es problemática. Creemos incluso suave este calificativo del primado, muy a tono con el optimismo que siempre irradia su persona. Evidentemente, hay cosas que no van, realidades que preocupan seriamente. Estamos descontentos, decimos que no nos sirve el bagaje teológico recibido en el Seminario, pero son muy pocos los capaces de hacer una síntesis personal entre aquello y la teología renovada. Los más carecemos de defensas doctrinales para hacer frente al aluvión de ideologías que nos asedian. Y hace presa en nosotros el confusiónismo, aunque no vacile la fe. Pero ¿seremos así maestros idóneos de Israel?

Las reservas críticas ante los organismos diocesanos, ante el talante del episcopado, ante el modo de actuar de unos obispos concretos, son compatibles con el espíritu jerárquico. Pero ¿durante cuánto tiempo? Si el Concilio ha descubierto la profun-

(Pasa a la pág. 2.)

